

LA PREPARACION PARA EL CAMBIO

(LA EDUCACION CIVICA Y EL ORDEN POLITICO FUTURO)

I

La década de los setenta se inició pregonando el futuro.

En marzo de 1970 la Asociación de Estudios sobre el Futuro, presidida por Bertrand de Jouvenel, abrió en París un Centro Internacional de Futurología. Colaboraron en la iniciativa Daniel Bell, fundador de la Comisión yanqui para el año 2000; Andréw Shonfield, director de la Comisión británica para el estudio de la próxima década; Pietro Ferraro, presidente de la Sociedad italiana «Futuribili», y Peter Mencke Gluckert, directivo de la Asociación alemana «Zukunftfragen», todos ellos bajo la presidencia del ex ministro de Planificación Pierre Massé. España está presente en las preocupaciones por la perspectiva del porvenir, con la revista *Futuro presente*, nacida también al iniciarse nuestra década, bajo la dirección de Vintila Horia.

Ya a mediados de la década anterior la investigación metódica y la planificación del futuro, juzgado posible, constituyeron una preocupación científica. Ahora son ocupación de grupos pluridisciplinares, cuya actividad crece en todas partes. En España hay que señalar las recientes iniciativas de la Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones, asesorada por Luis González Seara.

Los estudios de Lasswell y de De Jouvenel insisten en la previsión y en la predicción, mas también —consecuentemente— en su planeamiento. La Asociación Americana de Ciencia Política, en su reunión de 1969, escuchó un informe de Olaf Helmer sobre el análisis político del futuro. Señalaba Helmer como tendencias que se advierten en la Ciencia política actual con relación al reiterado futuro, estas dos: predicción de acontecimientos para un plazo próximo, derivación sugerida por la evidencia histórica, o bien elaboración

teórica capaz de proporcionarnos una comprensión intuitiva profunda del panorama político (1).

La presencia de tales corrientes hace surgir en las gentes cultas un sentimiento de apropiación del futuro. Creemos disponer de lo que se venía atribuyendo hasta ahora a fuerzas distintas de las humanas. Es más —tal como ya está sucediendo con el Desarrollo—, cualquier modificación o trastorno fuera de lo previsto es estimado como pérdida de un bien casi poseído, cuando no como una catástrofe.

En el análisis del futuro importa considerar, ante todo, los futuros posibles, es decir, las hipótesis; seguir con las alternativas y proponer las decisiones. Si existiese una ciencia del futuro todo resultaría fácil, pero el futuro depende de muchas ciencias y de casi todos los hombres... El papel de las evoluciones políticas potenciales está siendo próximo al que deriva de las interacciones entre los acontecimientos: tal como se muestran cuando miramos a la América Hispánica tras el proceso desencadenado por Fidel Castro en Cuba, sin el cual serían menos explicables las realidades impuestas en Chile y en Perú, y más recientemente el proceso de «brasileñización» de Bolivia, de Paraguay y de Uruguay, dentro de la problemática político-espacial (2).

Entre la utopía y la antiutopía, las diversas prognosis del desarrollo socio-político parecen válidas más como tendencias que a guisa de síntesis. La política-ficción, al tratar de complementar la Historia, es su reverso. ¿Quién no ha parado mientes en ese futuro descrito por Orwell o por Huxley? Momentos de máxima tensión han producido aceleramientos pletóricos que han llegado a amplísimos públicos —como el cinematográfico con filmes como el que protagonizó Antony Quinn, *Las sandalias del Pescador*—. Recordemos también el efecto del libro *Fail-Safe* que obligó a McNamara a una declaración sobre el escaso riesgo de una guerra atómica «accidental» (3).

2

El cambio se ha impuesto en la conciencia no sólo por el desarrollo sino por su planificación. La vida entera del futuro pasa de problemática a regulada. Empezamos a sentir la necesidad de adaptarnos al cambio que nos-

(1) El trabajo de OLAF HELMER: «Análisis político del futuro», ha sido recogido en la *Revista Española de la Opinión Pública*, 1970.

(2) Cfr. BENEYTO: *Historia geopolítica universal*, Madrid, 1972, págs. 513-520.

(3) Sobre la fundamentación del cambio, cfr. HARMANN KANN y ANTONNY J. WIESER: *El año 2000*, Madrid, 1969. Un análisis marxista del mismo tema, en ALFRED BOENISCH: *Futurologie*, Francfort, 1971.

-otros mismos programamos. Para ello, sin duda, lo mejor es procurar dotar de mayor fluidez a las estructuras de nuestra mente: abrímos para socializarnos, es decir, prepararnos para el futuro previsto.

En una primera comprobación, se sabe que el cambio es entendido más correctamente por los jóvenes que por los viejos, y por las gentes de profesión variable que por los profesionales tipificados en la sociedad burguesa. En la convivencia sociopolítica la edad pesa en el proceso generacional (4) y sus consecuencias resultan obvias si se saben manejar sus raíces. Ahí queda el texto de Baldur von Schirach, en la hora del acceso de Hitler a la Cancillería alemana, pretendiendo equiparar la cota de su edad a la Alemania nueva. Desde sus veintiséis años convocaba a todos los jóvenes: «Alemania —les decía— tiene veinte años... No necesitamos a los que son más viejos.» Probablemente el cambio exigido por el nacionalsocialismo sólo era posible mediante esa apelación a quienes disponían de mentes más flúidas... No ha sido diferente la acción juvenil *beat*. (De esa exaltación arranca en Estados Unidos el sindicalismo juvenil de la Nueva Izquierda. Si los *hippies* pedían amor y paz, éstos colocan rosas a la última.)

Un estudio de los movimientos juveniles tendentes al cambio social abriría nuevas perspectivas. De las diversas ligas germánicas de la primera anteguerra, con los *Wandervogel*, se llega al *Bund* del Caballero Blanco... de donde procede aquel *Staufenburg* que intentó atentar contra Hitler, al igual que el *Moeeller van der Bruck*, teorizante precursor del nazismo...

Análogamente conviene tener cuenta del hecho de la prolongación de la vida, incluso con la problemática del asentamiento humano de quienes toman ya posiciones previas a la muerte, instalándose en zonas calificadas como *pre-funeral homes*.

En cuanto a las profesiones, ahí está el esquema sociográfico de la época burguesa, con sus abogados y sus hombres de negocios. Lo había anticipado el desarrollo económico catalán en la Edad Media, con los patricios ricos manejando el tráfico y los juristas sirviéndoles en la administración privada y en la pública (5). En el siglo XIX junto al abogado descolló el escritor. Comte aludió en su *Cours de Philosophie positive* a esa política retrógrada dirigida por abogados y literatos «convertidos en patronos de sus antiguos amos». Más recientemente Harold Laski, desde su *Democracy in Crisis*, señalaba que el interés de los abogados está siempre del lado del *statu quo*. No en vano

(4) BENEYTO: *Los cauces de la convivencia*, Madrid, 1969.

(5) BENEYTO: *Historia social de España y de Hispanoamérica*, Madrid, 1973, página 130; «los hombres ligados a la vida jurídica sirven a la Administración o a los grupos más influyentes».

la presencia de los ingenieros ha resultado decisiva. Si en la España pintada por Pérez Galdós el ingeniero contrasta con el sacerdote, lo hace precisamente por su actitud ante el cambio, como luego añadirá Alba al empresario... (6) por la promesa de futuro que ofrece en esta misma tierra. Más tarde llegaron los técnicos, y no sólo una revolución de gerentes (esos *managers* yanquis) sino un Estado tecnocrático en el que se insertan los militares —grupo social tan particularmente dirimente porque une la capacidad de convocatoria (coactiva) a una preparación tecnológica (libre).

Edad y profesión se interfieren con el fenómeno sociopolítico y con los instrumentos de acción sobre la sociedad, ante todo con la organización de los grupos dispuestos a participar en la obra colectiva, es decir —pues no cabe evadir el vocabulario— de los partidos. Pero a su vez se encuentran dentro de éstos, con la problemática de las corrientes o tendencias. Del juego de tales elementos creo que dice bastante la fuerza —relevante en algunas ocasiones— de la llamada oposición extraparlamentaria.

Los estudios de Lasswell sobre la opinión pública dejan bien claro que en el Centro de ésta es el cambio mismo (7). Hay liberales y conservadores, radicales y reaccionarios, precisamente en contacto con aquel proceso. En la estabilidad se aproximan liberales y conservadores; en el proceso de cambio liberal y radical; en las situaciones de inestabilidad conservadores y radicales; en fin, en las vicisitudes de la involución, los radicales y los reaccionarios. Los grandes partidos son siempre los de la conformidad, exaltadores del orden y aún del simple orden público, y los dispuestos al cambio que buscan el movimiento de las estructuras sociopolíticas. Los partidos son así los catalizadores de la transformación de los deseos en decisiones.

En su origen histórico, derechas e izquierdas significaron precisamente todo eso.

Por acudir a un ejemplo próximo, en el de Francia, durante el siglo XIX, encontraríamos una configuración reaccionaria apoyada en la oposición al cambio por razones derivadas de la experiencia histórica (legitimismo) con variantes dispuestas a transigir solamente en lo político, o en lo religioso (admitiendo el Parlamento o cediendo en la confesionalidad) afincando la actitud conservadora sobre lo social. Guizot reflejaría el matiz bonapartista (frente al orleanismo que, en síntesis, es el anterior) buscando una garantía

(6) BENEYTO: *Historia social de España*, cit., pág. 393. SANTIAGO ALBA tradujo el libro de DESMOULINS sobre la superioridad de los anglosajones: no había que hacer otra cosa para igualarlos que sustituir a los políticos al uso, abogados o militares, por ingenieros y hombres de empresa.

(7) Cfr. BENEYTO: *La opinión pública*, Madrid, 1969.

revolucionaria bajo el principio de autoridad. De esta línea proceden los nacionalistas de principios del siglo XX, mientras el orleanismo se hace progresista y el legitimismo se desvía hacia el *ralliement*, en tanto que la *Action Française* intenta una síntesis cuya vigencia se ha mostrado esporádica pero vigorosamente antes, en y después de Vichy (8). En los avatares posteriores a la segunda gran guerra, De Gaulle ha centrado su fuerza en el problema argelino, que solamente un general prestigioso podía imponer al Ejército y ha mantenido a su sucesor gracias a la reacción sobre la subversión de mayo.

La izquierda, por el contrario, es la disposición al cambio, y en la historia francesa reciente pasa del radical-socialismo a la social democracia. Su única fuerza interna estriba sobre tal proximidad al reconocimiento de la mutabilidad social (9).

3

¿Qué está sucediendo ahora? La sociedad de consumo sitúa de otro modo a las gentes. Hay quien deduce, de lo que sabemos, que es más frecuente la resignación que la oposición y aún que la misma adaptación.

Se piensa que la Alemania actual acepta la democracia porque la identifica con el orden, la legalidad, la estabilidad y el bienestar. Y la pregunta que salta es la siguiente: ¿Si se deteriora en las condiciones del auge tudesco, bastaría la educación cívica impartida para mantener a los alemanes afectos a la línea democrática?

Hagamos un poco de historia. La República de Weimar se preocupó de la educación cívica creando un organismo, la Central para el Servicio Patriótico («Zentrale fuer Heimatdienst»). Pero tal organismo, para evitar ser tachado de partidista, hubo de dirigir el contenido de la enseñanza al área de las relaciones internacionales, con lo que perdió eficacia interior. Bajo el III Reich, tal educación fue simple adoctrinamiento y produjo una generación de fanáticos.

Algunos estudiosos han lanzado la tesis de que precisamente la falta de una verdadera educación política hizo al alemán vulnerable a las ideologías totalitarias. Desde 1950 se afirmaba que la educación política de la juventud

(8) Sobre la derecha francesa, RENÉ REMOND: *La Droits en France de 1815 à nos jours*, París, 1954.

(9) Sobre la izquierda francesa, ROGER BLOCH: *Histoire du parti radical-socialiste*, París, 1969.

es un *príus* de toda buena política y que esta educación debería tender a «una mejor comprensión del mundo actual, de su estructura política y de las ideas que se afrontan», de tal modo que el ciudadano pueda formar juicio de los acontecimientos. Las cosas fueron cediendo más tarde. Desde 1955 se centró aquélla en la consideración del nuevo Régimen, exposición de instituciones y divulgación de procesos idealizados. Era lógico porque la prosperidad no invita a la crítica. Desde 1960, las cosas cambiaron: la educación cívica tuvo que mostrarse capaz de explicar los acontecimientos. La *Politische Weltkunde* se convierte en materia didáctica: una hora por semana en los primeros grados de la enseñanza general básica y cuatro en los últimos, al término de la escolaridad obligatoria.

Ahora bien, en Alemania —contra lo que sucede generalmente en Occidente— a esa enseñanza se une una práctica coloquial en régimen de libre discusión que se inicia en las visitas a los Centros políticos y administrativos, y culmina en la consideración de la actualidad, ligada al estudio de la Prensa. Por otra parte, el Centro Federal de Formación Política ha acudido a difundir sus propias publicaciones, especialmente PZ, creada en 1971 y mostrada de modo similar a los periódicos de nuestra sociedad consumista.

Anteriormente dicho Centro estaba casi exclusivamente dedicado a orientar a los profesores. Se copió ahí una iniciativa de la época weimariana. Cuando terminó la primera gran guerra y frente a la Monarquía guillermina se planteó una Alemania republicana y democrática, creóse un Instituto de Política con el fin de adaptar al cambio a las clases intelectuales. Al fin de la segunda gran guerra fueron los ingleses quienes, en principio, tomaron sobre sí una parte de esa tarea al establecer en Wilton Park un Centro de desintoxicación del nazismo.

Falta un estudio de las experiencias españolas a partir de aquella Junta de educación patriótica y ciudadana creada por la Dictadura del general Primo de Rivera, que no sólo se acercaba al paisanaje sino a las propias Academias Militares (por ejemplo, la de Toledo en 1929 vio impartir un «curso de ciudadanía»). En la línea alemana de 1919 estuvo desde 1939 nuestro Instituto, nacido al mismo tiempo que para los jóvenes se levantaba una Escuela Superior de Mandos, a la que se cedía el glorioso edificio de la Universidad de Alcalá (10). El Instituto albergó, a su vez, inicialmente, las

(10) La Escuela Superior de Mandos iba a ser regida por el antiguo Delegado Nacional de Prensa y Propaganda de la Falange, el sacerdote navarro FERMÍN DE YZURDIAGA, quien comentó con el autor en aquellas fechas que había rehusado el encargo. Del proceso posterior y complejo de la formación a nivel juvenil ofrece amplia y sustanciosa documentación JOSÉ BUGEDA: *Y al fondo el pueblo*, Madrid, 1963.

enseñanzas de ciencias políticas que se desligaron del partido al crearse la Facultad en aquel momento de despolitización de estructuras inmediato al término de la segunda gran guerra (11).

Las publicaciones tendencialmente cívicas son frecuentes, aunque también suele acuirse a otros medios.

Los suizos lanzaron, a fines de 1969, un discutido volumen sobre la Defensa civil, que se estimó que lindaba con los métodos de la guerra psicológica, tratando de enfrenar al buen ciudadano con cualquier persona hostil al orden establecido. *La Gazette de Lausanne* lo calificó de «homilía nacional»... Pocos meses después los griegos difundieron una Guía del ciudadano como especial catecismo. (No olvidemos, a principios del siglo XIX, los credos lombardos y los catecismos republicanos..., herederos de los catecismos con que la Monarquía absoluta de la España del siglo XVIII hacía creer a los súbditos de nuestros primeros Borbones que el Rey era persona divina) (12).

4

Tras el efímero período del liberalismo cultural, la vuelta de los instrumentos de comunicación social al dominio del Poder va aproximando el área de la política al área misma del silencio. Istran Orkeny recoge una expresiva anécdota checa. Se trata de un matrimonio que desayuna silenciosamente. Cada diez minutos el marido suspira. Al poco rato la mujer interviene y explica: «Me habías prometido no hablar de política...» Pero el caso no es exclusivo de aquellas tierras. También en el Occidente pretendidamente liberal las mayorías que gustan a quienes mandan son las silenciosas...

Aunque callen las gentes, es difícil que se acostumbren a callar los intelectuales. En realidad, aunque no hablen de política, quienes piensan suelen escribir sobre ella. Si en la derecha francesa, antes señalada, pensaron Barrés y Maurras, en la izquierda italiana ningún cerebro más efectivamente actuante que aquél de Gramsci, condenado a la cárcel bajo Mussolini por un fiscal que consideraba necesario que callase... ¿Tendremos que aceptar como representa-

(11) No se ha considerado todavía la significación de este importante giro: la enseñanza de la Política se transfiere de la Falange al Estado, con la nueva Facultad, al tiempo que la Prensa pasa de la Secretaría General del Movimiento al Ministerio de Educación.

(12) Vid. a. e. JUAN LORENZO DE VILLANUEVA: *Catecismo de Estado según los principios de la religión* (1793), del que se hizo una «cartilla» para la enseñanza por LÁZARO DE RIBERA.

tiva la *boutade* de Paul Valery sobre que la política no es otra cosa que el arte de impedir a las gentes que se ocupen de las cosas que les conciernen?

Ahora se habla, frecuentemente, de participación. Santo Tomás no exigía otra cosa para la democracia: que todos tengan «alguna parte en el principado», es decir, en el Gobierno.

Lo que sí resulta evidente es que toda participación, incluso la lúdica, tiene sus reglas, las sabidas —y a veces olvidadas— «reglas del juego». Difundir esas reglas toca al procedimiento, pero el juego en sí mismo es un área autónoma, porque de ella dependen tales leyes. Y ahí está la tarea de la educación política como preparación para el cambio. Se suele estimar que la actitud ante la política no es una didáctica sino una educación. Hay quien, como Duverger, piensa, sin embargo, que las condiciones de éxito de la enseñanza política en la Universidad son «esencialmente técnicas» (13).

Pídesse, en consecuencia, que tal enseñanza no sea marginal y que se exponga sociológicamente.

Duverger plantea, en efecto, una visión —y una interpretación— sociológicas de la situación política concreta y las quiere realizadas técnicamente, es decir, frente al prejuicio —ya combatido por Destutt de Tracy en 1801— de que las ciencias políticas son explicables por quienes no las han estudiado. Y es que una exposición del panorama político sin el ingrediente esencial a su comprensión de su propia perspectiva parece inoperante, mientras, por otro lado, una consideración de ese mismo panorama en forma apologética puede y suele ser contraproducente (14).

Cualquier proceso político, y singularmente el abocado al cambio, que previene y planea el orden futuro mediante la organización —y aun la planificación— del Desarrollo exige interlocutores, gentes dialogantes... Anatole France señalaba como queja ante sus compatriotas que si los había visto alguna vez gritar todos juntos, jamás los conoció hablando juntos. No sé si es achaque latino, mas, desde luego, no sólo propio de franceses. Los españoles también gritamos y hasta guerreamos cuando nos metemos a fondo en el tema político, que es visto así como tema polémico —en su sentido etimológico—. La falta de diálogo hace que en España falte el ciudadano interesado por la vida civil. Se es profesional de la política hasta el punto de que nuestra clase política dirigente tiende a constituirse de forma clánica

(13) DUVERGER en *Monde*, 14 de agosto de 1968.

(14) El tema de la formación cívica en W. UGEUX: «Le conflict des civismes», en *Res Publica*, 1969. Frente a la experiencia alemana, HORST RUMPF: «Politische Bildung nur konformistisch», en *Frankfurter-Hefte*, 1965.

(como en la yernocracia de principios de siglo), acaso, precisamente, porque la generalidad de las gentes siente desinterés por todo lo político.

Tal proceso se da en la América Hispánica y aún en toda la América Latina. Se explican por ello la atonía y el desentendimiento: el tema político ocupa a los gobernantes, pero no preocupa a los gobernados. En consecuencia quienes alcanzan el mando y se proponen una empresa tienen que esforzarse por suscitar el seguimiento. El Perú de Velasco Alvarado ha creado un Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) para buscar el modo de que las gentes se entusiasmen o al menos participen de alguna manera. (La revista de SINAMOS, iniciada en diciembre de 1972, se rotula precisamente *Participación*.) Su eje gira sobre el cambio: «Somos conscientes de que la cultura, los valores, las pautas de conducta, las actitudes, pueden cambiar más lentamente que la base material de producción» (15).

Volvamos al principio. Ante una década que perfila modificaciones sustanciales en el orden político, la preparación para el cambio es inescapable. Consecuentemente, el tema de una educación cívica, acorde con estas nuevas estructuras, es tan urgente como el de la tópica educación general.

JUAN BENEYTO

R É S U M É

Notre futur n'apparaît déjà plus comme un "destin" imprévisible et plus ou moins providentiel: c'est un schéma d'action et d'organisation, prévu et même planifié.

Le "changement" était vu antérieurement comme une révolution et pas seulement comme une transformation pacifique. Aujourd'hui il se présente dans la conscience des gens comme quelque chose de normal, dans une perspective de nécessaire "développement". Celui-ci n'est en fait que l'acceptation du changement, avec la canalisation de ses structures, et exige en conséquence pour son meilleur aboutissement une attitude mentale adéquate. A ceci se réfère l'auteur quand il propose le traitement de la problématique du changement dans le cadre de l'éducation. Il fait remarquer qu'il y a des professions dans lesquelles aucun changement ne choque: les schémas mentaux établis par l'éducation —une formation plus historique que philosophique— sont suffisamment fluides pour comprendre l'accélération du processus. Dans d'autres professions au contraire, on tend à imaginer tout ordre politique,

(15) *Participación*, núm. 1. Lima, diciembre de 1972 (Editorial).

social, économique, ou même de vie en commun, comme immuable, et l'on pense que n'importe quel changement est une fissure capable de démolir l'édifice. En conséquence une éducation qui nous prépare pour le changement doit être nuancée, ne peut être répartie comme une parcelle autonome et doit constituer une nouvelle version de ce que l'on a appelé jusqu'à présent éducation civique.

L'auteur signale quelques exemples, aussi bien européens qu'américains, et conclut en soulignant l'urgence d'adapter l'éducation civique aux exigences qu'ont occasionné cette nouvelle ordination de l'éducation générale qui préoccupe tout l'Occident.

S U M M A R Y

Our "future" no longer seems an unforeseeable and more or less providential fate or "destiny": it is a plan of action and organization, foreseen and even planned.

"Change" was formerly seen as revolution, not just as peaceful transformation. People see it today as something normal within the framework of a necessary "development". This means that change has been accepted and provided with channels in which to elaborate its structures, but an appropriate attitude of mind is required if its achievements are to be really positive.

Sr. Beneyto refers directly to this when he speaks of change and educational attitudes. He points out that change meets with no opposition in some professions: the mental patterns established by education are historically rather than philosophically based and so sufficiently elastic to accommodate an acceleration of the process. In others, on the contrary, every kind of order involving the community —political, social, economic— tends to be seen as immutable and change of any sort is felt to be a crack capable of leading to the eventual collapse of the whole edifice. In consequence, and education that prepares us for change must adapt its approach to the different nature of each specific field; it cannot be presented as an autonomous and isolated entity. It should constitute a new version of what has up to now been called civic education.

The author gives European and American examples of these directions and concludes by emphasizing the urgent need to mould civic education to the requirements that have led to the new structure of general education that so deeply concerns the whole western world.